



El gatito y la luna

Una noche, cuando el cielo estaba despejado y la luna llena brillaba en todo su esplendor, un pequeño gatito gris salió de excursión. Tenía los ojos grandes y curiosos, y todo le parecía nuevo y emocionante.

El gatito, que se llamaba Pipo, paseó por el jardín y observó las flores dormidas bajo un manto de luz de luna. Olfateó las rosas, esquivó las gotas de rocío y saltó sobre las sombras.

Pero lo que más le llamó la atención fue la gran luna amarilla del cielo. Pipo se sentó a mirarla, preguntándose qué sería aquella bola tan brillante.

—Luna, luna, ¿cómo puedes estar tan alta y tan lejos? —maulló con curiosidad.

Al ver al gatito tan interesado, la Luna decidió acercarse un poquito, solo en la imaginación de Pipo, para hablar con él.

—Hola, pequeño gatito. Soy la Luna y alumbro el cielo noche tras noche —dijo con una voz suave que parecía venir de los sueños.

Encantado de tener una nueva amiga, Pipo empezó a jugar. Daba vueltas y más vueltas, intentando atrapar su reflejo con las patitas.



La Luna se rio y, con cada risa, hizo que las estrellas parpadearan un poco más, creando un espectáculo mágico para el gatito.

Después de jugar un rato, Pipo empezó a sentirse cansado. Bostezó y volvió a mirar a la Luna, que ahora parecía aún más dulce y tranquila.

—Es hora de dormir, pequeño gatito —le dijo con ternura—. Cuidaré tus sueños desde el cielo.

Pipo maulló suavemente para darle las gracias, se hizo un ovillo y cerró los ojos bajo su luz serena. Soñó con jardines mágicos, flores que bailaban y estrellas que reían, siempre bajo la mirada amable de su nueva amiga.

Desde entonces, cada noche, antes de acostarse, Pipo buscaba la luna, la saludaba con un suave maullido y se preparaba para viajar al mundo de los sueños. Sabía que seguiría allí, iluminando su camino.

Y el pequeño gatito y la Luna fueron amigos para siempre, compartiendo noches de juegos y sueños bajo el cielo estrellado.